



SALMO de las Bienaventuranzas de la Solidaridad

Felices los que siguen al Señor por la senda del buen Samaritano; los que se atreven a caminar tras sus huellas; a superar las dificultades del camino y a vencer los cansancios de la marcha.

Felices los que al andar van trazando nuevas sendas para que otros las sigan ilusionados hacia el encuentro del Señor, que sigue viviendo en la persona del que hoy sufre, tan cercano para algunos, para otros tan lejano.

Felices los que dan la vida por los demás; los que construyen el Reino desde lugares remotos; los que, anónimos y sin primeros planos, entregan su vida para que otros vivan más y mejor. Los que, con su diario sacrificio, abren huellas de humanidad nueva.

Felices los que caminan juntos, en búsqueda comunitaria de vida nueva y fraternidad realizada. Los que se apoyan en lo bueno y en lo malo, los que aprenden que más pueden dos juntos que uno solo.

Felices los que piensan primero en el hermano y encuentran su alegría, su gozo y el sentido de la vida en trabajar por los demás y por el Reino. Descubren al Señor vivo entre nosotros: olvidado, marginado, enfermo, solo y abandonado, en los rostros de los jóvenes, de los enfermos mentales, de las mujeres solas, de los desempleados y de tantos otros.

Felices los que aman al hermano concreto y no lo hacen sólo de palabra sino con obras de vida, de compañía y de entrega sincera. Felices los que enseñan, los que intentan que todos aprendan sin mirar su raza y cultura.

Felices los que comparten sus bienes dones-regalos del Buen Dios para vivir como hermanos y demostrarlo en la práctica. Los que no almacenan con egoísmo sino que brindan y ofrecen. Felices los que viven el mandamiento primero que es Amor a Dios y al hermano.